

LA MAGDALENA¹

Seis años han pasado, viejo,
desde que se te arrugó el alma,
y hoy, como si esos cientos de días
no fueran sino instantes,
—el segundo breve pero intenso
entre el corte y la sangre—
un barrunto de tu figura calma
te ha dolido en mí. Seis años.
Míos infinitos. El chascar de dedos
de tu eternidad sin fondo bajo la tierra.
Seis años que has sido calderilla
en la tripa emborrada de un sillón vencido;
un olor hecho crisálida, en el panal gris de la memoria,
o la risa de tus dientes eternos; fotos, el dolor
de tu no estar constante y cartas a tu nombre,
con todas las letras insepultas.
Y me he sentado aquí, máquina, papel y música,
para saldar cuentas con tus voces inaudibles
y calafatear las cuadernas de tu último naufragio:
a planchar en mi retina tu rostro bondadoso.

Quiero rehacer en mi entrecejo
el recuerdo de tu silueta abotonada,
tus sentencias largas, tu paso de marino
y la recia gabardina de entrepaño.
Tu aliento de ajo y de tanino,
tu silencio de plomo y tu cariño;
tu andar a cuerda por la ciudad exiliada
y el crepé rugoso de tus suelas zapatón.
Tu rostro ancho, tu cráneo de filósofo,
tus manos bastas, tus venas arroyuelo.
Tu ceja hirsuta, tu bigote mesetario
y la cana pelambreira de cepillo.
Tu abrigo luto de agrios lamparones
tu codo tasca, tu yema de mechero,
tu tos bronca, tu falange nicotina,
tus suspiros multilingües y mascullos.

Tu infancia son olvidos
de una España de provincias
—*Tarraco quanta fuit*—

¹ De *Cartografía soltera*, Madrid, 2009.

de club náutico y chachas dicharachas,
de una guerra fratricida
que dicen terminó hace tiempo.
De carreras por Gandesa
sargento de caballería
hasta perder el sable,
el *Smith & Wesson*
y las ganas de pelea.
De un exilio sigiloso,
con denominación de origen,
casi mediopensionista,
una vez que los cruzados,
ahítos de tapias y alboradas,
te dieron por fin el doctorado:
Indiferente *cum laude*.
De familia numerosa
y, por qué no decirlo,
de años felices mientras tanto,
en esta España nuestra, en donde
la vida es siempre un entretanto,
y de los hijos que querías,
buenos niños estuchados,
como plumas de regalo.
No te lo puedo echar en cara,
tras nueve años de mili, excombatientes
demasiado viejos para padres,
un poco bisoños para abuelos.
De una oposición a ministerio
y veraneos en la playa, muy leídos.

Y ya te recuerdo siempre, paseando
a tu soledad del brazo de tu orgullo
los tres por las callejas y las tascas
húmedas de La Magdalena,
donde los albañiles tienen la tos bronca
y los neones hacen blanco el tinto,
como cualquier otro español,
con la borra de tu biografía
manando de las costuras de la ropa
y las muelas careadas de silencios,
mientras la Muerte, que tantos años
te diera calabazas, te seguía ahora solícita
y te echaba su aliento de perro
por encima del hombro;
la cabeza baja, el paso comedido,
las ideas enmarañadas,
y llavín y campanadas,

todos a una, Bach y Schostakovitch,
y Mozart y Beethoven,
siempre a oscuras,
y Proust y el señor de Montaigne,
hasta que te vencía el sueño,
y la música te llevaba de su mano
al lecho, y del lecho al sueño,
y del insomnio a la oficina,
y otra vez a la butaca,
y al sollado del Pequod,
y al jardín de Guermantes,
a navegar contra los rápidos del tedio
de un país avinagrado,
hacia Kurtz, siempre hacia Kurtz,
hasta que una luna sin noche
la Muerte te echó la mano al codo,
—a todos les llega un día el motorista—
y tuviste que girar al fin la cara,
exclamar, dejar de hacerte el sueco,
caer en la terrible y llegada cuenta,
disponer tu estatura sobre la calzada
con cierta gracia, dejarte hacer,
observar cuatro días desde el embozo
el trasiego atónito de las batas blancas,
morir en el plazo conveniente,
acorde a tu IRPF, sin retenciones,
ni grandes voces, ni cigarrillos
¿Quieres zumo de naranja?
No. Quiero ya nada, hijos.
Ich have genug.

Y ya estás ahí, viejo, archivado
en los altillos de tu fichero de ladrillo,
con el alma enfundada en un pijama de huesos
de tertulia muda con tus compañeros
de aquel vagón quince de abril.

Que diez años han pasado, viejo,
desde que se te arrugó el alma,
y se te casó la calma,
y ahora yo he barrido tu sombra
en mi sombrero y te sigo paso a paso,
por los adarves y aceras del fracaso,
pisando tus pisadas, huella sobre huella,
en esta postguerra interminable,

el paso sordo, las manos tartamudas,
los ojos escalfados y salados,
las ideas como avispas, azoradas,
las ilusiones en traílla, rezagadas,
tirando, meando en cada uno de los árboles,
el eco en un bolsillo, envuelto en un papel.
Y me pregunto si has tomado posesión
de éste mi pellejo barnizado,
si te has metido en mis entrañas
y llevas las riendas y me engañas,
o si es que tú y yo somos de una estirpe
de paseantes sin remedio, figurantes,
si con esa media España que arrodea
somos la plantilla imperturbable
de esa otra media patria que patrulla.

Que doce años han pasado, viejo,
desde que se te puso chulo el esqueleto,
y descansó de ti tu biblioteca.
Por aquí todo sigue como siempre.
Tenemos un Rey que no nos lo merecemos,
pero el hombre sigue sin buscarse
un reino digno de sus altos atributos.
La gente conduce coches enormes,
otros, como ya te dije, paseamos,
por donde podemos, que no es mucho.
Nunca hemos estado como ahora,
eso es verdad, aunque haya algún que otro
problemilla, lo de siempre, no te asustes:
Que hay algunos que trabajan
y otros muchos que venden crecepelo.
Quizás tenías razón, a fin de cuentas,
que en esta España inalterable
es imposible una República cabal,
donde la palabra privilegio
sea vocablo polvoriento, de escribanos,
y, después de todo, este régimen curioso
no es lo peor que hemos tenido,
y nos permite no perder de vista
a un buen puñado de elementos.
Y de tus hijos, qué decir, sin faltar a la verdad:
eso de estar en un estuche
ha acabado por gustarnos,
como a tantos otros nacidos esos años
más proclives al terciopelo que a la pana.
Quien esto escribe ha publicado un par de libros,
se han vendido doscientos ejemplares,

tirando por lo bajo,
(lo que, para no ser periodista,
no está pero que nada mal).
Será cosa de pensarlo, como todo.

Que diecisiete años han pasado, padre,
desde que tu bote, aquel chinchorro ingobernable,
de remos blancos y toletes quejumbrosos,
con el que tantas veces cortamos
el cierzo intolerable de la mole pilarista,
sueña el calafate imposible de tu vuelta,
y yo a veces, un día como hoy,
que he dormido mal, que he soñado
con fantasmas vestidos de alférez de marina,
con rosarios, plumas y pupitres burilados,
me encabrono y decido bien pensado
que un día se acabará semejante callejeo
por todas las rondas de este siglo,
largo siglo de intentos y renunciadas,
de masacres, contubernios y repartos,
que algún día, algo, yo qué sé
sucederá, al fin, algo grande y gozoso
que nos devolverá, sin más Historias,
ni más pamplinas, zarandajas ni puñetas,
a tantos paseantes milenarios y tranquilos,
nuestro eco quedo y nuestra sombra.

(1988-1999)